

El inicio del fin

Este es el libro más enigmático de las Escrituras Sagradas, con su simbolismo muy peculiar y especial, el libro del Apocalipsis, que en realidad significa Revelación, porque así lo indica el comienzo del texto. Dice así: “Esta revelación Dios se la dio a Jesucristo para que mostrara a sus siervos lo que pronto tiene que suceder. Jesucristo envió a su ángel y se la dio a conocer a su siervo Juan y éste da fe de todo lo que ha visto, y de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y observan lo que en ella está escrito, porque el tiempo está cerca.”

El libro del Apocalipsis habla sobre la segunda venida de Jesucristo, nuestro Señor. ¿Quién escribió Apocalipsis? Históricamente y tradicionalmente, el libro es atribuido a Juan, el escritor del cuarto evangelio. Juan tiene toda su tradición vinculada a la iglesia de Éfeso, donde fue líder de la congregación.

La lectura del primer capítulo y otras partes nos mostrarán que los cristianos estaban enfrentando una gran persecución y sufrimiento provocados por el Imperio Romano. La mayoría de los estudiosos entiende que esa persecución es de la época de Domiciano, es decir, alrededor del año 90 de la era cristiana, lo que convierte al libro de Apocalipsis en el último del Nuevo Testamento. Algunos sostienen que podría ser posible que el libro encajara en la época de Nerón, o un poco antes del año 70, cuando habría sido escrito. Pero esa posición es defendida por una minoría de los que estudian el texto.

Ese contexto adverso lleva a Juan a escribir este texto porque a causa de su lealtad a Cristo, los cristianos estaban sufriendo mucho y estaban confundidos sobre su futuro. Por eso, Juan trae la revelación de Dios sobre Cristo y lo que va a pasar, afirmando que el tiempo está cerca. Así que luego de su presentación y mensaje de ánimo empieza diciendo en el versículo 4: “Yo, Juan, me dirijo a las siete iglesias que están en Asia.”

Esas siete iglesias van a ser detalladas a partir del capítulo 2 y son iglesias cercanas a la región de Éfeso. “Que la gracia y la paz estén con ustedes, de parte del que es, el que era, y el que ha de venir, y de los siete espíritus que están ante su trono y de Jesucristo, el testigo fiel, primogénito de entre los muertos y soberano de los reyes de la tierra. Él nos amó; con su sangre nos lavó de nuestros pecados y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre. Por eso, a él sea dada la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén. ¡Miren! ¡Ya viene en las nubes! Y todos lo verán, aun los que lo traspasaron; y todas las naciones de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén.

Dios el Señor dice: «Yo soy el Alfa y la Omega, [el principio y el fin,] el que es, el que era, y el que ha de venir. Soy el Todopoderoso.» Para los cristianos que vivían bajo esa opresión, ese sufrimiento y persecución, esas palabras apocalípticas son de mucho ánimo y aliento. Jesús no abandonó a la iglesia; está vivo, él es el primogénito entre los muertos, él volverá y todos serán testigos de eso.

Y el texto empieza enseguida con una de las características que tiene Apocalipsis, el lenguaje figurado. El lenguaje figurado se utiliza aquí mostrando a Jesucristo como el principio y el fin. De allí la expresión “Alfa y Omega” para referirse al Hijo de Dios, la primera y última letra del abecedario griego. Y ante esa expresión de la venida de Cristo, el texto nos presenta con más claridad la intención de Juan al escribir el libro del Apocalipsis.

“Yo, Juan, soy hermano de ustedes y participo con ustedes en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo. Por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo estaba yo en la isla de Patmos.” Juan, ya siendo anciano, está por decirlo así encarcelado, exiliado en la isla de Patmos, sufriendo a causa del evangelio, como ocurría con la iglesia de manera general. Y nos dice que era: “...el día del Señor.” Es decir, el domingo. En ese momento, Juan afirma: “quedé bajo el poder del Espíritu, y detrás de mí oí una fuerte voz, parecida al sonido de una trompeta, que decía: «Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a estas siete iglesias: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea.»”

Ante esa manifestación extraordinaria, Juan gira para ver quien estaba hablando y ve allí “siete candelabros de oro” -una expresión que viene del libro de Daniel, relacionada a esa manifestación apocalíptica y a aquel que aparece en el final de los tiempos. Y “en medio de los siete candeleros vi a alguien, semejante al Hijo del Hombre, que vestía un ropaje que le llegaba hasta los pies, y que llevaba un cinto de oro a la altura del pecho. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana.”

La visión de Juan, es una visión de Cristo Jesús. Pero esta vez, no aparece en la imagen de su muerte y sufrimiento. Jesucristo llega glorificado, de manera extraordinaria, en una revelación de que aquel que murió, resucitó y está junto a su iglesia perseguida ejerciendo toda autoridad y poder. ¿Por qué Jesús aparece con el cabello blanco en esta ocasión?

Esa idea del cabello blanco como la lana muestra el concepto de eternidad semejante a algunas figuras que vemos en el Antiguo Testamento. Y los ojos “como llama de fuego” Esa imagen revela su capacidad de conocimiento completo, ojos penetrantes con total poder de conocimiento. Luego dice que: “Sus pies eran semejantes al bronce pulido, y brillaban como en un horno; su voz resonaba como el estruendo de un poderoso caudal de agua...”

Es una visión con muchos efectos personales, utilizados para mostrar la verdadera gloria de Jesucristo, nuestro Señor en su mano derecha llevaba siete estrellas, y de su boca salía una aguda espada de doble filo...”

Esa espada muestra aquí claramente la idea de juicio, del juicio que vendrá. “...su rostro era radiante, como el sol en todo su esplendor...” Todo esto habla del poder y la gloria de Dios en la persona del Señor Jesús, que vendrá como juicio en nombre de Dios. Cuando Juan tiene esa visión extraordinaria, de manera reverente o de manera absolutamente natural, cae a los pies de Jesús como muerto. Entonces

Jesús pone su mano derecha sobre Juan y dice: No temas. Yo soy el primero y el último,”

Reafirma la idea de Alfa y Omega que aparece en el versículo 8: “y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre. Amén. Yo tengo las llaves de la muerte y del infierno.”

La iglesia cristiana no puede quedarse asustada, ni conmocionada con lo que estaba pasando. Es verdad, había muchas razones para que los cristianos estuviesen desanimados, pero en ese momento en que parecía que todo desfallecía y arreciaba el terror de Roma, vemos que llega el anuncio del inicio del fin trayendo esperanza. Es la persona de Jesús, que había muerto, estaba vivo y habría de retornar. Y es importante fijarse en la manera que se presenta. Él no estaba ya en aquella forma inicial de humildad, en una actitud como la de un cordero que es llevado al matadero. Cristo Jesús aparece ahora glorificado, revelando su divinidad y su poder para revelarse a los cristianos perseguidos y afirmarles que estaban adorando a un Señor vivo, que está actuando detrás del escenario inmediato de lo visible que tenemos a nuestro alrededor para traer la historia humana a su conclusión. Entonces la Palabra de Cristo para Juan es: “Escribe esto que has visto, y lo que ahora sucede, y lo que va a suceder después de esto. Éste es el significado de las siete estrellas que has visto en mi mano derecha, y de los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias.”

Por lo tanto, el capítulo 1 del Apocalipsis termina diciendo que hay un mensaje especial de parte de Dios que debía anunciarse a las siete iglesias en este escrito lleno de símbolos. El símbolo no es un fin en sí mismo, es una herramienta para comunicar un mensaje de esperanza, con muchas lecciones importantes para todos nosotros, para ti y para mí, porque al fin y al cabo llegó el momento de hablar sobre el inicio del fin.